

Manuel de Mágina

Encendido Ondine



Narrativa
PLAYA DE ÁKABA

Primera edición: mayo de 2016
© Manuel de Mágina, 2016
© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.
Maquetación: Åsa Arnewi
Impresión: Gráficas Campás, S.A.

ISBN: 978-84-945547-6-6
Depósito Legal: M-15290-2016

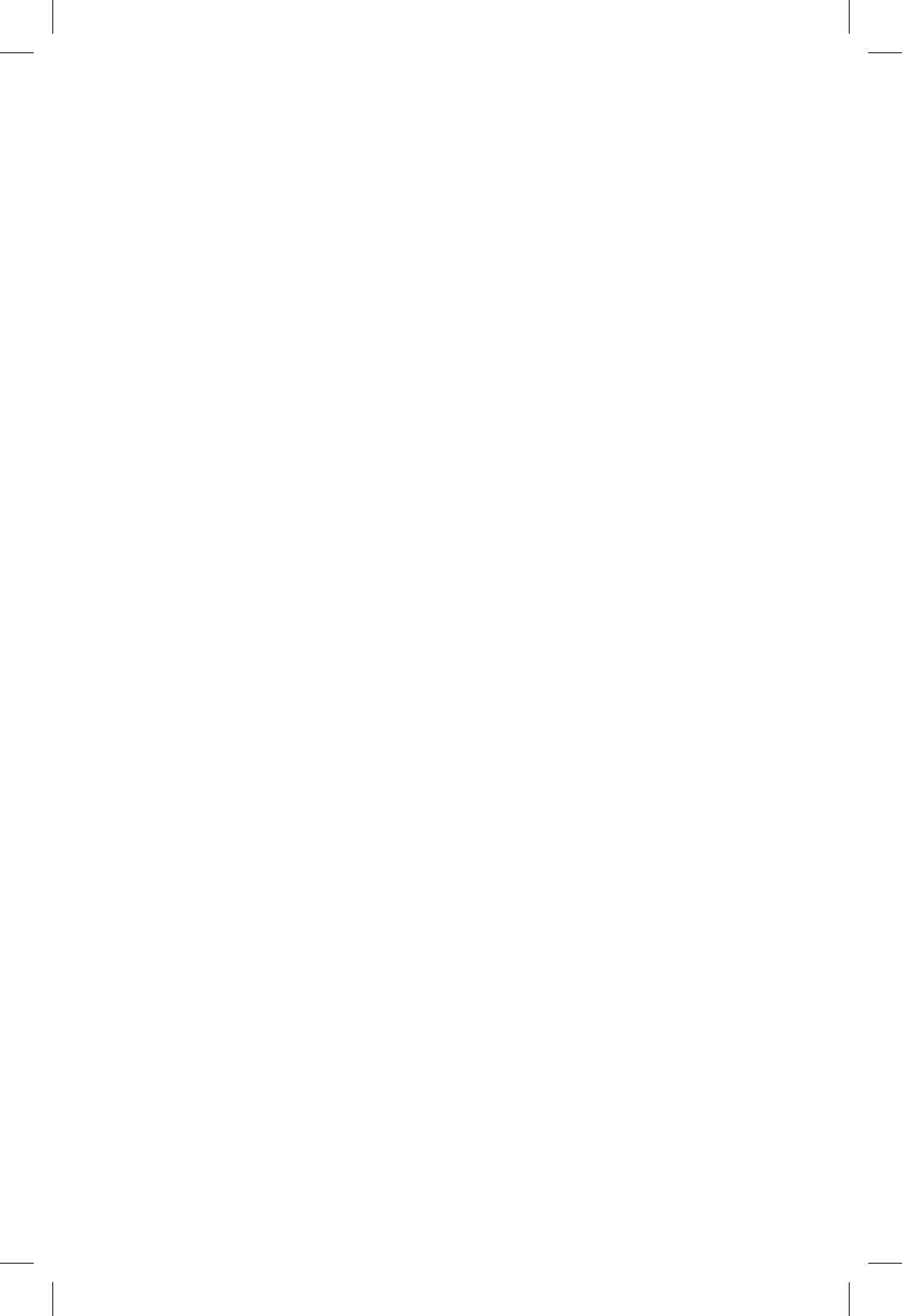
www.playadeakaba.com
playadeakaba@gmail.com

*Saliendo de las ondas encendido,
rayaba de los montes el altura
el sol, cuando Salicio, recostado
al pie d'una alta haya, en la verdura
por donde una agua clara con sonido
atravesaba el fresco y verde prado;
él, con canto acordado
al rumor que sonaba
del agua que pasaba,
se quejaba tan dulce y blandamente,
como si no estuviera de allí ausente
la que de su dolor culpa tenía,*

Égloga I, Garcilaso de la Vega



I



—¡Hola, Mena! ¿Qué tal?

—¡Hola, Will! ¡Bien! ¿Cómo ha ido tu viaje?

—Estupendo, gracias.

—¿Dónde estás?

—Acabo de llegar al pueblo.

—No te he visto. ¿Por dónde has entrado?

—Por el sur. Me pareció mejor recorrer un poco más de autopista que entrar por el norte y tener que atravesar todos esos pueblecitos.

—Ah, bien. Yo pensé que ibas a venir por el norte, es por eso que estoy aquí. Pero claro, tienes razón, ese es mejor camino. Espera, voy a dar la vuelta. Para en el primer semáforo que encuentres. Estoy ahí en un momento.

Will aparcó cerca del primer cruce, a la entrada del pueblo; salió del coche y esperó. No sabía dónde situarse, en que lugar exacto y de qué modo quería presentarse a ella. Tenía curiosidad por verla aparecer. Miraba constantemente la curva por donde la calle se perdía. Todavía guardaba la agradable sensación que le había producido el viaje, la ilusión con que lo había emprendido, la dulzura con que lo había hecho escuchando aquel antiguo disco en la tarde luminosa y templada de junio, la perspectiva de compartir aquellos días con Mena. Presente en su memoria la magnitud del paisaje que la autopista atravesaba. Luego el desvío por la estrecha carretera, con su oscilación constante de

curvas, hendidas en el vientre rocoso de la montaña. Un túnel horadado en la piedra, un giro a la izquierda y el largo puente sobre el río. Cruzando aquel puente, aún resonaba en su cabeza la vieja canción de los Jefferson Airplane que hablaba de Alicia y de un agujero, de una píldora que te cambia el tamaño, de caer en un mundo de seres fabulosos donde suceden hechos extraordinarios e imprevisibles.

Circularon algunos coches en aquella dirección antes de que apareciera el de Mena. Will los contemplaba pasar con expectación, hasta que apareció el suyo. Aparcó cerca de donde él estaba. Will la observó salir del coche. El sol de la tarde, a punto de caer tras los tejados, le deslumbraba la vista. Sí, era la misma chica, la misma dulce figurita tras unas gafas de sol. Fueron el uno hacia el otro con alegría. Se abrazaron y se besaron. Se expresaron el cariño y el regocijo que ambos sentían por aquel reencuentro.

—Sígueme. Hay que continuar por ahí —dijo Mena, señalando una calle que se abría a la derecha.

Will siguió el utilitario sin perderlo de vista hasta que salieron del pueblo por una carreterita estrecha. Una cuesta abajo repentina, después un remanso con un pequeño puente sobre un arroyo. Al pie del arroyo, un cercado con caballos. Luego una ligera elevación, una curva suave y tras ella un desvío con un cartel que lo señalizaba: A.R. Valle de los Monteros.

Desfiló tras su coche por un camino flanqueado por la exuberancia vegetal de los huertos. Circularon a una velocidad reducida (la grava crujiendo bajo los neumáticos), como de una persona a pie, hasta que llegaron. Aparcó junto a ella, sobre la gramínea verde de una pequeña explanada, bajo un olivo gris. La sombra fresca de la tarde se remansaba en todo. Después de apagar los motores, quedó el canto de algunos pájaros, rumor de agua corriendo por una acequia.

Ambos salieron y caminaron el uno hacia el otro rodeando los coches. Ahora estos, ingenios varados en la naturaleza del suelo, se enfriaban y dejaban que fueran ellos quienes se movieran alrededor.

El alojamiento rural se componía de varias casitas, independientes la una de la otra, diseminadas en el huerto. La de Mena ocupaba en el conjunto una posición central, recogiendo las veredas que iban y venían. La distinguía a la entrada una terracita, protegida por un porche. Bajo él, una mesa y unos sillones de plástico.

—Esta es la que voy a ocupar yo. Aquí están las habitaciones comunes, la cocina y el salón, como ves; además de un baño y un dormitorio, que son los míos. Ven, te muestro la tuya. La tuya tiene solo baño y dormitorio.

Mena le indicó el camino. Ganaron por una escalera, excavada en el propio talud, un nivel más alto en donde se encontraba la casa que ocuparía Will.

Era así, como cualquier habitación de hotel: a la entrada un baño, más adelante el dormitorio, pero como una casita aislada en el bosque, como una casita de cuento de hadas. En la fachada blanca, una puerta rústica. Ante la puerta rústica, un diminuto zaguán. En la esquina de la izquierda, una hiedra encaramada.

—Es preciosa, Mena. Gracias. Todo esto es precioso.

—Me alegro de que te guste. ¿Te ayudó a descargar?

—Sí, por favor, y a colocar todo.

Fueron hasta el coche de Will. Acarrearon bultos hasta la casita, deshicieron maletas. En el dormitorio, colocaron la ropa en los estantes del armario y en el aseo los útiles de aseo. Luego fueron hasta la casita de Mena, donde se encontraba la cocina, para desembarcar allí los alimentos y objetos que Will había traído. Esos alimentos y objetos se mezclaron

con los de Mena, que ya ocupaban lugar en los estantes de la cocina o en el frigorífico. Dejaron allí el portátil, con el equipo de altavoces. Después Will expresó su deseo de darse una ducha y cambiarse de ropa.

—Bien. Mientras, yo voy preparando la cena.

Cuando Will salió de asearse, se había echado la noche. Se sentaron bajo el porche de la casita principal, la de la cocina y el salón, la de Mena. Will llevó a la mesa los platos con la ensalada y el queso con pimientos caramelizados y Mena la cerveza y una botella de vino.

—¿Qué te apetece beber?

—No suelo beber alcohol, pero estos días no me importará tomar algo. Ahora, cerveza. El vino lo dejaré para después. Una copita estará bien después.

Estaban sentados a la mesa. La luna había salido por detrás de una montaña colosal que se elevaba al sur. Will abrió las primeras latas y sirvió en dos vasos. Brindaron por el encuentro. Mena habló de su amor por aquellos lugares. Le dijo que para ella tenían algo especialmente atractivo. Le confió que venía con cierta frecuencia y que su sueño sería tener una casita allí, en el futuro.

—¿Hasta cuándo piensas quedarte? —preguntó a Will.

—Hasta el jueves próximo.

—Mañana es posible que vengan Montes y Débora.

—Ah, menos mal; ya pensé que no vendría nadie.

—Bueno, ya sabes, en principio todos me dijeron estar dispuestos. Pero solo vendrán ellos y estarán solo un día.

—¿Un día nada más? ¿Por qué tan poco?

—Montes vuela a la mañana siguiente.

—¡Vaya!

Degustaron la ensalada y los pimientos. Se felicitaron mutuamente por los platos. Después hablaron de los amigos

comunes, de los aeropuertos; de los encuentros casuales y de cómo se establecen vínculos con personas a las que poco antes no conocías de nada.

Las cervezas iban siendo consumidas trago a trago, como un aditamento de la conversación. No así las verduras — ya podían esperar en los platos—; el tiempo de ensartarlas y masticarlas interrumpiría en exceso.

Will contempló a su amiga mientras ésta encendía un cigarrillo.

—¿No te importa si fumo?

—En absoluto. He sido fumador durante bastante tiempo.

Mena dio una chupada larga, apartó el cigarrillo de su boca y expulsó el humo. Luego posó una mirada complacida en los ojos de Will.

—Y lo dejaste...

—Sí, hace unos años. Aunque..., aún quedan rastros de dependencia psicológica e, incluso, física.

—¿Física?

—Sí. Física porque, así como viene el humo que tú lanzas, llega a mí y me gusta, y hasta me coloca.

—¡Caramba! Procuraré no lanzarlo en tu dirección.

—No, por favor, no te preocupes, ya te digo que me gusta. Y no por eso voy a volver a fumar; así que pierde cuidado.

—¿Y psicológica?

—Hay todo un catálogo de gestos, desde sacar el cigarrillo de la caja hasta ponérselo en los labios. El juego del cigarrillo entre las manos. Mientras fumas, tienes mucho tiempo ocupadas las manos; cuando lo dejas, no sabes qué hacer con ellas. Hay un conjunto de sensaciones; visuales, olfativas, táctiles. Una de las más poderosas que recuerdo era la de meter la mano en el bolsillo y palpar los volúmenes del encendedor. Aún después me ha seguido gustando. Ahora

los colecciono. No me sirven para el mismo fin que antes, claro, sino solo para eso: para tocarlos.

—Curioso.

—Son los efectos de la adicción. Pero ya te digo que no me importa que alguien fume en mi presencia, menos aún si quien lo hace es una mujer.

—¿Sensual?

—Mucho. Y te confesaría algo más.

—¿Qué? Dímelo.

Will lo pensó un momento.

—Bueno, creo que será mejor dejarlo para después.

—¿Para después?

—Sí; justo cuando termines de fumarte otro.

—¿Tiene que ser justo después de fumarme un cigarrillo?

—Bueno... Sí.

—Bien, como quieras.

Con el agotamiento de las cervezas dieron por terminada la cena. Entonces Mena propuso ir a dar un paseo. Hacía una noche templada, invitadora. A Will le pareció una buena idea. Mena cogió una linterna de luz azulada antes de echar a andar y de internarse por el oscuro camino. Avanzaron un trecho con algo de reparo, como si fueran en busca del árbol de la fruta prohibida. Will le pidió que le diera la mano y ella accedió. Dijo que quería sentir a través de ellas el trasvase de energía del uno hacia el otro. Él se dolió de haber ejercido un poco de presión con ello, aunque no sintió rechazo sino todo lo contrario. No sabía lo que sentiría ella; él notó cómo, de pronto, se vertían, se amalgamaban, se entrelazaban las dos corrientes, antes contenidas en uno y otro lado; cómo, ahora, eran un conjunto de sensaciones imbricándose.

Andaban por la senda, unidos de la mano y muy separados a la vez, tanto como los brazos daban de sí. En cierto